

Claire Heywood

HIJAS de ESPARTA



Dos hermanas.
Una pasión prohibida.
Una guerra entre
imperios.



Durante milenios, los hombres han explicado la historia de Helena de Troya, la mujer que originó una guerra y dividió al mundo. Ahora ha llegado el momento de escuchar su propia versión de la historia.

Como princesas de Esparta, Helena y su hermana mayor, Clitemnestra, no han conocido más que lujo y abundancia. Sin embargo, todo privilegio tiene un precio, a veces demasiado caro. Siendo niñas serán separadas y casadas con reyes extranjeros para no volver a verse nunca más. Ambas deberán luchar contra las limitaciones de su sexo para forjarse una nueva vida, provocando una transformación del mundo que durará tres mil años.

Índice de contenido

Prólogo

Primera parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Segunda parte

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Tercera parte

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Cuarta parte

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Nota de la autora

Agradecimientos

Sobre la autora

A mi hermana, Lauren

En verdad que no hay nada más fiero
ni más miserable que mujer que ta-
mañas acciones prepara en su pe-
cho...

... la ignominia vertió sobre sí y, a
la vez, sobre todas las mujeres, aun
rectas, que vivan de hoy más en el
mundo.

HOMERO, *Odisea*,
canto XI, 427-428, 433-434

Ella, ruina de Troya y de su patria...

VIRGILIO, *Eneida*

Prólogo

Estaba sentada, inmóvil y con las manos ensangrentadas. Lo seguía viendo aun cuando cerraba los ojos. Apretó con fuerza los párpados, sin dejar de lanzar resuellos hacia el silencio. Y todavía lo veía. El blanco tornándose rojo. Los ojos muertos.

Hundió las manos temblorosas en el agua y observó los hilos de sangre extendiéndose al instante por un cuenco otrora puro; después, los antebrazos, ahora a la altura de los codos, hasta que el cuenco se oscureció, lo relleno y se volvió a oscurecer. Incluso con los brazos impolutos, cuando hubo vaciado las aguas oscuras y dejado de temblar, en su mente seguía clavado el rojo.

¿Cómo había podido pasar? ¿Cómo era posible cualquier mal? ¿Era obra de los dioses? ¿Un castigo por otros actos viles? ¿O se limitaban a observar, impasibles, desde las alturas, mientras una roca golpeaba otra roca, y otra? Rostros inexpresivos parpadeando ante el polvo de la avalancha.

Primera parte

1

Clitemnestra

–¡Clitemnestra! ¡Ve con cuidado, muchacha! ¡Mira cómo tiembla el huso!

Clitemnestra volvió a enfocar la vista al oír su nombre y se encontró con el huso agitándose y la lana, que con tanto cuidado había devanado, desenrollándose a toda velocidad. Lo detuvo con la mano.

–No me lo esperaba de ti, Nestra –la reprendió Tecla, y volvió a lo que tenía entre manos.

La nodriza seguía con el ceño fruncido, pero al menos había vuelto a llamarla Nestra. A Clitemnestra nunca le había gustado especialmente su nombre completo –era demasiado largo, demasiado engorroso–, y muchísimo menos si lo usaban para regañarla. Fue su hermana, Helena, quien empezó a llamarla Nestra cuando era demasiado pequeña como para gestionar aquel imponente nombre, y se había mantenido así desde entonces.

Helena estaba sentada a su lado. Llevaban toda la tarde trabajando juntas la lana, y a Clitemnestra ya comenzaba a dolerle el brazo de sostener la rueca. Su hermana canturreaba una canción para sus adentros sin despegar la vista del hilo que giraba en el huso, y, aunque tenía una voz preciosa, apenas se sabía la mitad de la letra y no paraba de repetir el mismo verso una y otra vez. Clitemnestra habría preferido que se callara.

El cuarto de las mujeres estaba pobremente iluminado; las paredes, desnudas; el aire, quieto y enrarecido. Se tra-

taba de una de las habitaciones más recónditas del palacio, así que no había ninguna ventana por la que pudieran colarse la luz diurna ni una brisa fresca que ventilara el ambiente. Era verano, y al bochorno habitual se sumaban la presencia de las numerosas mujeres de la sala y las lámparas y antorchas que alumbraban sus oscuras cabezas y sus níveas manos en movimiento.

Clitemnestra, con el vestido de lana pegado a la espalda a causa del sudor, echó un vistazo por encima del hombro al rincón más luminoso de la estancia, donde descansaban los telares, tres enormes marcos de madera cubiertos por labores a medio tejer. En aquel momento solo había dos en funcionamiento, manejados por las esclavas domésticas más habilidosas. Clitemnestra las observaba con admiración y envidia mientras ellas hacían volar las lanzaderas a un lado y a otro, construyendo ingeniosos patrones hilo a hilo. Era algo similar a contemplar una danza cautivadora, o a alguien tocando un instrumento.

–Nestra –dijo Tecla–, podríamos ponerte pronto con el telar.

–¿De veras? –preguntó Clitemnestra, apartando la mirada de las manos danzantes.

–Ya tienes once años. Pronto estarás casada, y ¿qué clase de mujer serías si no supieras tejer?

–Me encantaría –respondió agradecida. Sin duda, trabajar el telar parecía más interesante que llenar carretes de lana.

Helena dejó de canturrear.

–¿Podré tejer yo también?

Clitemnestra puso los ojos en blanco. Helena siempre había querido imitarla, aunque fuera dos años menor. No había mostrado el más mínimo interés por el telar hasta ese momento.

–Creo que sigues siendo demasiado joven, señorita Helena. Pero ya verás como no tardará en llegarte la hora.

Helena torció el gesto en unos exagerados pucheros y siguió devanando con vehemencia. Clitemnestra sabía que pronto se habría olvidado del motivo de su enfado, y, efectivamente, en cuanto volvió a centrarse en el movimiento del huso, relajó el rostro.

Las tres continuaron trabajando un rato más, hasta que Tecla anunció:

–Creo que ya es suficiente por hoy. ¿Por qué no vais a comer algo?

Clitemnestra dejó la lana.

–¿Podemos salir y jugar un rato fuera antes de la cena? Todavía no es de noche. No puedo estar todo el día aquí encerrada.

–¡Ay, sí! ¿Podemos? –chilló Helena.

Tecla vaciló.

–Bueno, supongo que sí –respondió con un suspiro–. Pero debéis llevaros a una esclava. No quiero que salgáis solas.

–Pero ¡es que no estamos solas! –protestó Clitemnestra–. No tiene gracia si alguien nos vigila todo el rato. –Le dirigió a Tecla una mirada dócil, pero la nodriza ni se inmutó–. Vaaale –aceptó con un resoplido–. Nos llevaremos a Ágata.

La niña era menor que ella y algo mayor que Helena, y mucho mejor compañera de juegos que cualquiera de las guardianas de rostro avinagrado que Tecla hubiera podido escoger. La nodriza no parecía del todo convencida, pero asintió igualmente.

–¡Ágata! Vamos a jugar fuera, ven con nosotras –exclamó Clitemnestra hacia el otro extremo de la estancia antes de que Tecla cambiara de idea.

La esclava se apresuró a obedecer con la cabeza gacha mientras Clitemnestra cogía a Helena de la mano y se dirigía a la puerta. Las tres iban ya por la mitad del pasillo cuando oyeron la voz de Tecla:

–¡No os alejéis del palacio! ¡Y no tardéis demasiado si no queréis acabar tan morenas como los cabreros! ¿Quién va a querer casarse con vosotras, entonces?

Las tres muchachas abandonaron el palacio y descendieron la colina que moría en los prados, con Clitemnestra guiando el camino. Los pastos estaban altos y las semillas secas le rozaban el vestido a cada paso que daba. Los árboles dispersos silbaban sobre sus cabezas, y Clitemnestra se alegró de sentir la brisa fresca en los brazos tras haber pasado tanto tiempo en la estancia de las mujeres. Cuando se hubieron alejado lo suficiente del palacio como para que nadie pudiera vigilarlas, se detuvo.

–¿A qué queréis jugar? –les preguntó a las otras dos.

–Yo seré una princesa –contestó Helena sin vacilar–. Y Ágata puede ser mi sirvienta.

Ágata asintió sumisa.

–Pero si ya eres una princesa –le replicó Clitemnestra, exasperada–. ¿No prefieres fingir que eres algo distinto, como una maga, una pirata o un monstruo?

–No. Yo siempre soy la princesa.

–Con tu pan te lo comas. Pues yo seré el rey –suspiró Clitemnestra. A aquellas alturas ya había aprendido que lo mejor era dejar que Helena se saliera con la suya. La alternativa era que se echara a llorar.

Helena resopló.

–No puedes ser rey, Nestra. ¡Eres una chica!

Helena miró de reojo a Ágata, animándola a que se uniera a la burla. Ágata dejó escapar una risita sutil, pero apretó con fuerza los labios cuando Clitemnestra la atravesó con una mirada reprobatoria. Ágata agachó la cabeza.

–Decidido. Tú serás la princesa, Helena. Ágata, la sirvienta. Y yo seré la nodriza. –Titubeó unos instantes–. Pero una nodriza que sabe preparar pócimas mágicas –añadió.

–¿A qué jugáis? –preguntó una voz masculina a sus espaldas.

Clitemnestra se volvió de inmediato para comprobar quién había hablado.

El muchacho caminaba hacia ellas entre las altas hierbas, y ya apenas los separaban unos pocos pasos. Era algo mayor que ellas, un chico alto a quien todavía no le había salido barba. Tenía los cabellos largos y negros, y una sonrisa que dejó sin habla a Clitemnestra. Lo había visto llegar al palacio con su padre pocos días atrás. Supuso que se debía a algún tipo de visita diplomática, o tal vez estuvieran de paso. Estaban acostumbrados a las idas y venidas de todo tipo de personas dispuestas a atravesar las montañas o que ascendían desde la costa. El hogar de su padre siempre estaba encendido, pero era inusual recibir a invitados tan jóvenes. En circunstancias normales, los únicos muchachos de alta alcurnia que tenía cerca eran sus hermanos gemelos, Cástor y Pólux, pero eran demasiado mayores para jugar con ella y Helena. Además, Tecla argüía que era impropio de princesas jugar con los esclavos. Aunque, en ese caso, podrían jugar con aquel muchacho, ¿no? Era un invitado.

—Ho-hola —casi tartamudeó Clitemnestra; de repente sintió como si la lengua se le hubiera enredado—. Estábamos a punto de jugar a las princesas. —Se estremeció al darse cuenta de lo infantil que sonaba y se apresuró a añadir—: Es una tontería, la verdad, pero Helena ha insistido. Podemos jugar a otra cosa si te apetece.

De nuevo la misma sonrisa.

—No, el juego de las princesas está bien.

A Clitemnestra le preocupaba que se estuviera mofando de ellas, pero al menos quería jugar.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Teseo. Mi padre y yo estamos de visita. Venimos de Atenas.

—Teseo —repitió—. Bueno, lo dicho: Helena iba a ser la princesa y Ágata, nuestra esclava, la sirvienta. Y yo, una

nodriza que puede preparar pócimas. ¿Quién quieres ser tú?

–Un rey extranjero. Y un gran guerrero.

Clitemnestra esbozó una sonrisa, satisfecha de que, en apariencia, les estuviera siguiendo el juego.

–Vale, a ver qué te parece esto: naufragaste en nuestra costa, te encontré y te curé con una de mis pociones, y...

Teseo no parecía estar escuchándola. Le había dado la espalda y miraba fijo a Helena.

–Ciertamente tenéis el aspecto de una princesa, mi señora –afirmó con una reverencia afectada–. Y los cabellos más brillantes que he visto en mi vida. –Levantó una mano, como si estuviera dispuesto a tocarlos–. Son como el fuego. Y eso por no hablar de vuestra blanquísima piel, propia de una verdadera dama. Me apostaría lo que fuera a que seréis tan bella como la mismísima Hera cuando florecáis.

Helena soltó una risita, pero Clitemnestra estaba molesta. Todo el mundo alababa los cabellos de Helena, y ella era incapaz de entender por qué eran tan especiales. Y ambas tenían exactamente el mismo tono de piel. Además, ella estaba más cerca de «florecer». Helena tenía el pecho igual de plano que un chico.

Trató de volver a centrar la atención de los demás en el juego.

–Lo que te decía: he pensado que quizá habías naufragado y...

Teseo la interrumpió.

–¿Qué te parece si acabo de regresar de una batalla y necesito que me cures la herida con algunas hierbas? Tienes que ir a buscarlas.

–Hecho –aceptó Clitemnestra, y sonrió al ver que se le otorgaba una función importante–. Me pongo a ello.

Se alejó del resto del grupo en dirección al río, y se imaginó que se aventuraba en las montañas en su búsqueda de hierbas raras. Oyó a Helena ordenándole algo a